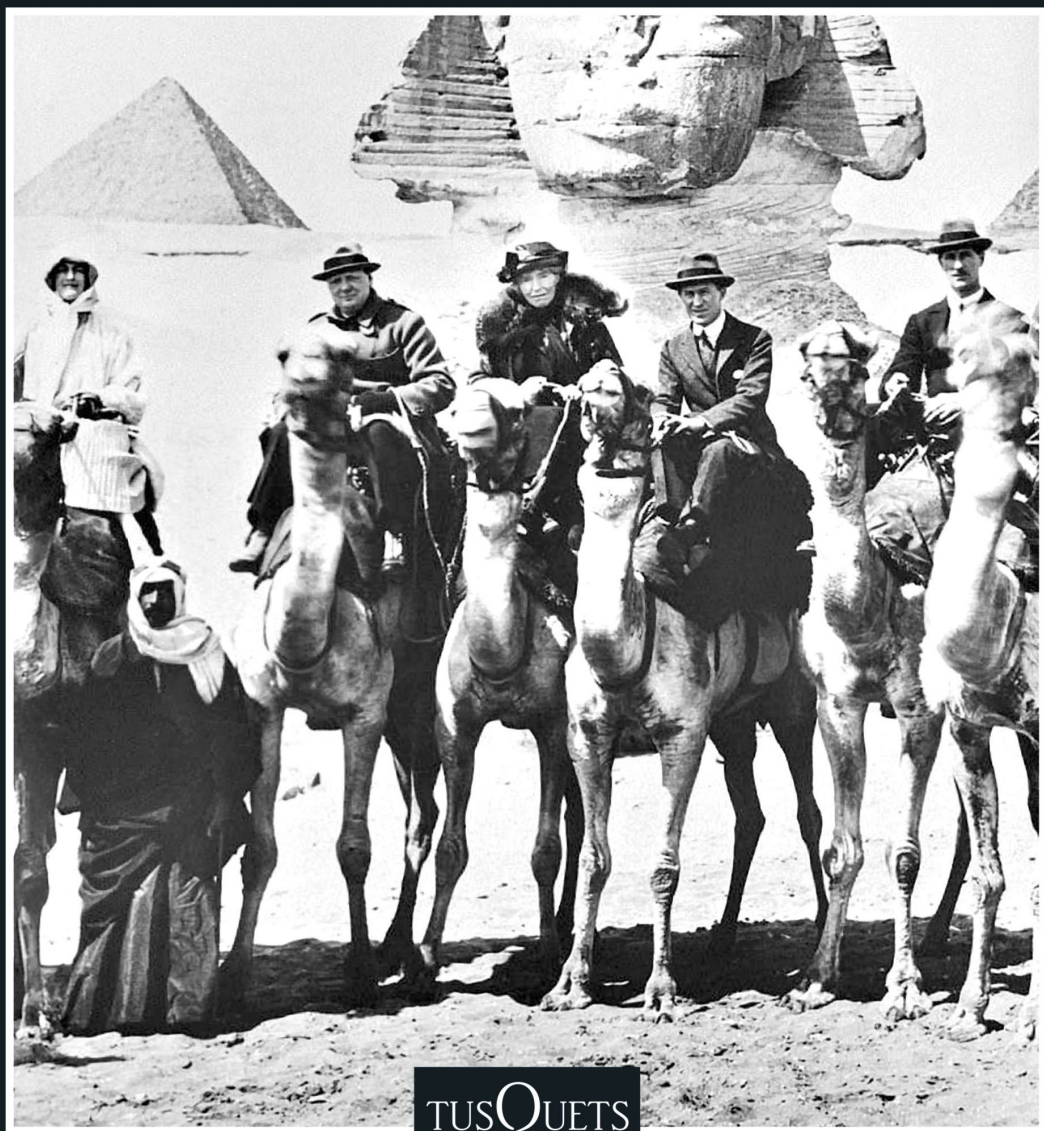


Olivier Guez

MESOPOTAMIA

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

OLIVIER GUEZ
MESOPOTAMIA

Traducción de Juan Manuel Salmerón Arjona

TUSQUETS
EDITORES

Índice

Prólogo	15
1. Basora, marzo de 1916.	17
2. Persia, primavera de 1892.	29
3. Basora, finales de marzo de 1916.	37
4. Redcar, Inglaterra, marzo de 1871	55
5. Basora, finales de abril de 1916	59
6. Ispahán, junio de 1892.	81
7. Inmediaciones de Bagdad, 11 de marzo de 1917.	91
8. Teherán, finales de junio de 1892	97
9. Bagdad, otoño de 1917	105
10. Teherán, finales de septiembre de 1892.	119
11. Bagdad, 31 de octubre de 1918	125
12. Puerto Saíd, 1 de marzo de 1919	135
13. East Rounton, 6 de enero de 1904.	155
14. Damasco, 10 de octubre de 1919.	167
15. Konya, 12 de mayo de 1907	179
16. Región del Éufrates Medio, 24 de julio de 1920	185
17. Konya, verano de 1907	203
18. El Cairo, 12 de marzo de 1921	211
19. Rounton Grange, julio de 1913	229

20. Bagdad, principios de abril de 1921.....	243
21. Rounton Grange, finales de julio de 1913	259
22. Desierto del Néyed, hacia el 1 de marzo de 1914 .	269
23. Londres, febrero de 1915	283
24. Bagdad, 11 de noviembre de 1921.....	295
25. Isla de Lemnos, mar Egeo, abril de 1915	317
26. Bagdad, febrero de 1925	323
27. Bagdad, 11 de julio de 1926.....	337
Epílogo	343
 Bibliografía	 351

Basora, marzo de 1916

Miss Bell se limpia los botines llenos de barro en el escalón de la entrada y espanta con ademán irritado el enjambre de moscas que revolotea a su alrededor. Un mozo somalí, con túnica y turbante, acude descalzo a cogerle el sombrero y el paraguas, que están empapados, y le ruega que lo siga: sir Percy Cox la espera en su despacho. Cox ha vuelto esa misma mañana.

Alto y delgado, de ojos azules y penetrantes, Cox no ha cambiado desde la última vez que se vieron en casa de unos amigos, en Londres, hace siete años. Le grisea un poco el cabello ondulado, pero no parece haber envejecido y viste el uniforme con la misma distinción de siempre. Miss Bell reconoce los galones blancos de los oficiales políticos del ejército de la India que lleva en el cuello de la chaqueta: servidor veterano del imperio, Cox, que tiene cincuenta y un años, es el jefe de la administración civil de la Mesopotamia ocupada y antes sirvió en Somalia, Persia y varios emiratos del golfo Pérsico.

Famoso por su discreción y sangre fría, esa tarde Cox no se muestra a la altura de su reputación. Medio oculto tras una pila de mapas topográficos y fotografías aéreas, se retuerce el bigote debajo de un retrato del rey Jorge V y se queja de la lluvia que repiquetea sin cesar sobre el tejado del cuartel

general, un edificio situado junto a un canal fétido en el que resuena siempre un croar de ranas y sapos, el sonido habitual del invierno en Basora, ciudad lacustre enclavada en la desembocadura del estuario que separa Persia de Mesopotamia.

Basora es un caos, como ha comprobado miss Bell en la semana que lleva allí. La logística del ejército de la India es un desastre; los británicos no se aclaran, improvisan, carecen de todo. Es difícil, casi imposible, alojar a los cientos de miles de caballos, soldados, médicos y brahmanes que han desembarcado, y abastecer a este gran ejército de Oriente, porque no existen instalaciones frigoríficas para almacenar los productos perecederos. En el sur de Mesopotamia no hay más que dátiles, algunas verduras y un poco de ganado y se tiene que importar todo de la India. La antigua ciudad comercial no está preparada para acoger a la flota que espera anclada en sus aguas. Con el puerto hasta los topes, los grandes barcos se quedan mar adentro. Bajo trombas de agua o un sol tórrido, se tarda horas, incluso días, en transportar hombres, animales, mercancías y municiones en embarcaciones más pequeñas, góndolas, frágiles caiques, hasta la costa, que está llena de barro e infestada de moscas y mosquitos. A miss Bell, que desembarcó así, le cosieron las piernas a picotazos pese a que llevaba medias. Por el camino observó que el único barco hospital existente está desbordado y que el ir y venir de barcos es constante. El Estado Mayor ha hecho venir de Egipto y de la India vapores de ruedas, yates y barcos costeros de poco calado, que son los únicos que pueden remontar el Tigris para transportar los refuerzos y avituallar a las divisiones del ejército que se encuentran más al norte. Como en tiempos de Abraham, no hay carreteras ni ferrocarriles en el sur de Mesopotamia.

Cox toca una campanilla. Son las cinco, se presenta el mozo con el té.

—Estamos desbordados y los hombres tienen la moral por los suelos —le dice sir Percy a miss Bell removiendo enérgicamente con la cucharilla el té, servido en una taza de porcelana. Se lo bebe de un trago, como si fuera un licor, sin importarle que esté caliente—. Combaten en condiciones lamentables y cuando vienen de permiso se aburren. Basora no es como la retaguardia francesa. Aquí los soldados no encuentran alcohol ni cabarés, y menos aún mujeres, sino cafés piojosos a los que solo van hombres.

Miss Bell se pone colorada. Está sentada en el borde de la silla, muy rígida, y lo fulmina con la mirada. Cox se disculpa por la crudeza de sus palabras, que no están hechas para los oídos de una mujer de su categoría, que lo perdone, tiene los nervios a flor de piel, pero es que todo el mundo se le queja. La tropa protesta por la mala calidad del rancho, del *corned beef*, del pudín en conserva y de la mermelada de naranja, «a la que acuden enseguida las malditas moscas». Los soldados vegetarianos, «hindúes chalados», piden harina de trigo y verduras, y la semana anterior, dos ayudantes suyos, «unos bravos mozos de Lancashire» a los que picaron unas cobras en los pantanos que hay cerca de la ciudad, murieron «por falta de suero». Las gafas de sol reglamentarias son tan malas que los soldados las tiran al agua. Los mandos militares son incompetentes; sus previsiones —«si es que han previsto algo», piensa miss Bell— han resultado erróneas. No tienen medios para trasladar tropas, médicos ni aviones; los ríos apenas son navegables, y las instrucciones que recibe de Londres, de Delhi y de El Cairo son contradictorias.

—Con estos árabes es imposible —se lamenta Cox con voz grave.

El jefe de la administración civil de Mesopotamia enciende un puro. Por la ventana se oye el aullar del viento y que

llaman a la oración. Cae la tarde, ha dejado de llover y la ciudad apesta.

Gertrude Bell sabe todo eso. Antes de ir a Basora ha estado de misión en la India y el virrey le ha dado a leer ciertos informes confidenciales: aunque Cox habla el idioma y sabe negociar con los potentados de la región, es incapaz de trabar relaciones de confianza con los jeques locales. Miles de hombres se han unido a las fuerzas otomanas, y los líderes religiosos han declarado la yihad contra los ingleses infieles, «esos perros hijos de perros que han invadido tierras musulmanas y quieren humillar al islam». Otros, como no se sabe si los británicos se quedarán, prefieren esperar y temen represalias de los turcos.

—Usted conoce a los árabes tan bien como yo —dice Cox apretándose el nudo de la corbata—. Siempre están del lado de los vencedores.

Miss Bell no dice nada; juega con los guantes y da unos sorbos al té. Ha leído que unos beduinos saquearon varios campamentos, desvalijaron cadáveres y degollaron a heridos angloíndios para quitarles las armas. Merodeadores, mercachifles y asesinos: en la ciudad, la tensión es palpable, se suceden los altercados, se saquean almacenes y tiendas, y en Kut, a cuatrocientos kilómetros, la situación de la sexta división es desesperada.

En noviembre de 1914, horas después de que el Imperio otomano entrara en la guerra al lado de Alemania, unos buques británicos zarparon de Bombay rumbo al golfo Pérsico. La operación estaba prevista desde que la provincia del suroeste de Persia donde extraía y refinaba petróleo la APOC, la Anglo-Persian Oil Company, había quedado al alcance de los cañones turcos, mal defendida por los británicos. El de-

sembarco en Mesopotamia tenía por objeto proteger los buques petroleros, el oleoducto de ciento treinta kilómetros que conectaba los yacimientos con una refinería que había en el golfo, y los propios campos petrolíferos. Esas instalaciones suministraban petróleo a la Marina Real británica, la Royal Navy, la armada más poderosa del mundo. La flota británica defendía el imperio en todos los mares y en todos los océanos, tal y como reza la canción patriótica *Britannia, Rule the Waves*.

El 23 de noviembre, Basora caía en manos de la Corona británica. A los pocos días, tras una batalla encarnizada, se conquistaba la ciudad de Al-Qurnah, donde confluyen los ríos Tigris y Éufrates. Con los yacimientos petrolíferos a salvo, Cox, embriagado por el éxito, pidió que continuara la ofensiva. Los angloíndios llegarían a Bagdad en un año, calculaba. Derrotar a los ejércitos otomanos sería pan comido. Los oficiales turcos eran unos ineptos y sus soldados unos brutos harapientos a los que se apodaba Abdul o Johnny Turks y que solo servían para masacrar a civiles armenios indefensos. Antes de la guerra, Italia les había birlado Libia y las islas del Dodecaneso, y habían perdido sus posesiones balcánicas. Los búlgaros estaban a punto de conquistar Constantinopla. «¡Los búlgaros y sus batallones de andar por casa!», bromeaban los estrategas del ejército de la India. Los otomanos, que durante tanto tiempo habían aterrorizado a la Europa cristiana, no eran ya sino la sombra de lo que fueron. Los ingleses serían los primeros occidentales que conquistarían Mesopotamia después del emperador romano Trajano.

A finales de septiembre de 1915, la fuerza expedicionaria británica tomó la ciudad estratégica de Kut, en la orilla oriental del Tigris. Le ordenaron que siguiera avanzando. «Mi demostración de fuerza en Mesopotamia sigue adelante y espero que Bagdad forme pronto parte del Imperio británi-

co», escribía el virrey de la India al rey Jorge V. La ciudad estaba a menos de veinticinco kilómetros. Superado el último obstáculo, Ctesifonte, los angloíndios se harían con la legendaria ciudad. «No creo que, en toda la guerra, se haya preparado una operación con más cuidado ni llevado a cabo con tanta brillantez y tantas posibilidades de éxito», declaraba a principios de noviembre el primer ministro ante la Cámara de los Comunes.

Bagdad debía ilusionar. El frente occidental de la Primera Guerra Mundial no avanzaba, caían bombas sobre Londres, y la invasión de la península turca de Galípoli, a doscientos cincuenta kilómetros de Constantinopla, había sido un desastre: las minas turcas habían destrozado la flota y, desde las colinas, la infantería había ametrallado a los atacantes cuando desembarcaron en la primavera de 1915. Se trataba de la apuesta de un hombre ambicioso, Winston Churchill, primer lord del Almirantazgo: descabezar el Imperio turco y obligarlo a rendirse tomando la capital indefensa, para a continuación, desde el mar Negro, remontar el Danubio hacia Austria y Alemania, y «clavar el puñal muy cerca de los órganos vitales del monstruo y acortar la guerra», como esperaban en Londres.

El 7 de diciembre de 1915, los británicos abandonaban la península de Galípoli. Ese mismo día los otomanos pusieron cerco a Kut, ciudad en la que se había atrincherado la sexta división inglesa después de que la expulsaran de Ctesifonte. Los turcos sabían que, si impedían que los refuerzos llegados de Basora liberaran Kut, los británicos se verían obligados a capitular. Y sitiaron la ciudad como Julio César sitió Alesia.

El mando británico no se alarmó demasiado. Los otomanos eran pésimos atacantes y no era la primera vez que una división imperial se veía rodeada de salvajes. En la India, durante la rebelión de los cipayos, o en Sudáfrica, durante la

guerra de los bóeres, los británicos se habían defendido heroicamente y escribieron algunas de las mejores páginas de la leyenda victoriana. La sexta división resistiría; había consolidado sus defensas y esperaba los refuerzos del Tigris Corps, las tropas de élite de la infantería. «No tardarán en llegar», les aseguraba el Estado Mayor.

Solo que, con el caos que reinaba en Basora, los británicos se retrasaron y, cuando por fin llegaron, se encontraron con que el cerco que habían puesto río abajo los turcos resistía, ayudado por las trombas de agua que caían en la región. Los ataques angloíndios fracasaban en medio de un mar de barro y sus intensos bombardeos preparatorios no servían de nada. Los soldados resbalaban, los caballos chapoteaban y los cañones se hundían en la arcilla blanda, que parecía caramelo derretido.

Animados por su victoria en Galípoli, los turcos bombardeaban la ciudad de Kut. Como los francotiradores disparaban contra los soldados que bajaban al río a recoger los paquetes que lanzaban los aviones, a los angloíndios no les quedaban víveres en sus reductos. Alimentados con hierba hervida, los soldados no estaban en condiciones de sostener un arma; yacían demacrados, con la mirada fija y las pupilas dilatadas. Por la noche, sin leña para calentarse, se morían de frío con la camisa de manga corta de algodón de Manchester del uniforme de verano. Cuando no llovían obuses, oían aullar a las hienas.

A principios de marzo, los turcos sabían que los angloíndios no resistirían mucho más. Kut hedía a úlcera, a excrementos, a cuerpos en descomposición. En el aire zumbaban las moscas. Los turcos estrecharon el cerco e intensificaron los bombardeos.

Ha tenido que tropezar el mozo y volcar el azucarero para que miss Bell sonría, piensa Cox. La encuentra más delgada y más blanca que cuando la vio en Londres, siete años atrás; habría jurado que entonces era pelirroja. Cuando él ha mencionado el desastre de Galípoli, ha visto que ella palidecía, como si le hubieran dado un gran disgusto, aunque enseguida ha recuperado ese aire severo y pensativo que muestra desde que ha entrado. Con su falda de muselina, sus medias de seda negra y su blusa de volantes, que lleva abotonada hasta el cuello, se parece a la señorita Harriet, la triste solterona de Maupassant, y a esas institutrices inglesas que van rodando de continente en continente, pintan acuarelas y llenan herbarios, a las que Cox ha conocido por todo el mundo esos últimos años.

—¿Qué tal su primera semana en el jardín del Edén? ¿Le ha hecho mi esposa un buen recibimiento? —le pregunta Cox mientras se limpia las uñas con la punta de un abrecartas de marfil.

Miss Bell le agradece su hospitalidad. Está muy bien instalada. La habitación es grande y su esposa una «anfitriona encantadora», aunque ella y lady Cox no tienen en común más que la pasión por la jardinería. Son distintas hasta en el aspecto: la primera es angulosa, la segunda es regordeta y tiene las mejillas fofas. Pero da igual: miss Bell dice que está encantada de estar allí y Cox casi se echa a reír, porque es la primera vez que oye semejante disparate: «Cuando Alá creó el infierno, pensó que no era suficiente y creó Basora y las moscas», dice un proverbio árabe que le gusta citar. Miss Bell está deseando servir al imperio en los difíciles tiempos que corren y lo hará con toda su energía, pero tienen que ponerle un despacho.

Los militares y los administradores de Cox le depararon una acogida glacial cuando bajó del vapor, que había zarpa-

do de Karachi tres días antes. Enfundados en sus uniformes, con el matamoscas junto al salacot y la jarra de limonada, esos caballeros no parecían muy cómodos cuando la recibieron en el comedor de oficiales. Es la primera vez que trabajan con una mujer, y esta dama con fama de inteligentísima no les inspira ninguna confianza. Algunos han leído artículos y libros suyos sobre la región y saben que es una arqueóloga de renombre que tiene amigos influyentes. Es la primera mujer licenciada, con matrícula de honor, en Historia Moderna por la Universidad de Oxford y ha recibido una medalla de la Real Sociedad Geográfica. En los círculos bien informados de Oriente y de Londres es de sobra conocida. Y ella no se esconde: la modestia no es su punto fuerte.

Esto es la guerra, no es ningún juego ni ninguna reunión social, le explicó un coronel que llevaba el bigote encerado. Le censurarían la correspondencia, le limitarían los movimientos y no podría reunirse sola con nativos. ¿Y qué hacía allí, en Basora, cuando no figuraba en ningún organigrama ni estaba de misión, ni cobraba de ningún ministerio ni institución?

Cuatro meses antes, en noviembre de 1915, había ido a El Cairo invitada por un viejo amigo que dirigía la inteligencia militar en Egipto, bajo control británico. Ese amigo estaba creando una sección especial dedicada a las provincias árabes del Imperio otomano y que reunía a oficiales políticos, arqueólogos y periodistas arabistas, exalumnos de Oxford y de Cambridge, a la mayoría de los cuales ella conocía. Gertrude Bell, la famosa viajera del desierto, proporcionaría una información valiosísima a la recién creada Oficina Árabe.

En vista del descalabro de Galípoli y del estancamiento de los combates en Mesopotamia, estos hombres y esta mujer perfilarían una nueva estrategia en los salones llenos de humo del hotel Savoy mientras tomaban té con menta. La

Oficina de El Cairo buscaba aliados árabes fiables y manejables que estuvieran dispuestos a revolverse contra los turcos, aunque hubiera que prometer a esas tropas de emergencia que obtendrían una especie de gran reino después de la guerra. Al empezar el conflicto, Gertrude Bell había redactado un largo informe sobre sus últimas expediciones por la región, donde afirmaba, tanto ante el Ministerio de Asuntos Exteriores —el Foreign Office— como ante el Ministerio de la Guerra, que los árabes eran favorables a la Corona, y recomendaba al gobierno que los incitara a rebelarse contra los turcos, sus adversarios comunes. Desde lejos —el conflicto se desarrollaba en las trincheras de Flandes y del Somme—, Londres suscribía el plan de la Oficina Árabe. Pero El Cairo, responsable de la política británica en el Levante, no podía emprender nada en Mesopotamia y Arabia sin el acuerdo del otro hemisferio inglés, el gobierno indio. El golfo Pérsico era como el coto privado de caza de la administración británica en la India, un lago en el que esta llevaba interviniendo a su conveniencia desde el siglo XVIII; solo ella podía suministrar las armas, el oro y los hombres necesarios para la operación. Pero el gobierno indio se oponía. Tanto Delhi como El Cairo querían dominar Oriente Medio cuando cayera el Imperio otomano. Sus planes diferían, la comunicación era mala, no cooperaban.

La Oficina de El Cairo no había renunciado a convencer al virrey de la India, máxima autoridad de la colonia. Miss Bell podía ser una baza decisiva. El virrey era amigo de la familia y se apreciaban desde que se conocieron en casa del tío de la exploradora, entonces embajador británico en Rumanía, hacía treinta años. Gertrude Bell partió, pues, a Delhi.

Pese a la estima que sentía por ella y por sus padres, el virrey le confirmó a Bell que no quería revueltas árabes en Mesopotamia, como tampoco en ningún otro lugar de Orien-

te. «Estos de El Cairo van a lo suyo, su injerencia en mis asuntos es inaceptable y su plan una quimera», le dijo. En la India vivían muchos millones de musulmanes cuya guía espiritual era el emperador otomano, sultán, califa, caudillo de los fieles y sucesor simbólico del Profeta. ¿Qué ocurriría si lo apoyaban, si, en las inmediaciones de los lugares santos, se daban enfrentamientos entre árabes y turcos? Habría una guerra civil en la India y los alemanes la atizarían. El Cairo no podría hacerles mejor favor. «Los musulmanes indios no son árabes, miss Bell, usted lo sabe mejor que yo. Lo del posible reino árabe de la posguerra les da igual, y yo, se lo repito, no quiero.»

Basora y las instalaciones petroleras del Golfo eran vitales para Gran Bretaña; Bagdad era un bastión del comercio británico desde hacía siglos. «¿Y El Cairo quiere entregarles todo eso a los árabes, a esas tribus primitivas? Usted misma, miss Bell, lo ha señalado en varios de sus informes. El último estado árabe se remonta a tiempos de Matusalén. ¿Y qué haríamos si los indios siguieran el ejemplo de los árabes y exigieran su propio estado independiente? Me asombra que apoye usted un proyecto tan descabellado.» El virrey quería anexionarse Mesopotamia, darle una colonia a su imperio. Los ingleses no necesitarían a los árabes para derrotar a los turcos. La audiencia se dio por concluida.

Gertrude Bell permaneció varias semanas en la India y consultó a distintas personalidades, a militares y a funcionarios civiles, primero en la brumosa Delhi, y luego en Simla, ciudad al pie del Himalaya que parecía un balneario inglés. Mal que le pesara al virrey, trató de convencerlos de las bondades de la empresa que sus colegas de El Cairo y ella habían concebido y concedió una entrevista al *Pioneer*, principal periódico de la colonia. Fue en vano. El virrey se mantuvo en sus trece: en plena guerra mundial, no quería poner en peli-

gro la seguridad del subcontinente, que desde hacía años era una reserva de hombres, de materias primas y de grandísimas riquezas, piezas clave del tablero imperial que hacían de Gran Bretaña una superpotencia euroasiática como no había habido otra. «Sea usted razonable, miss Bell, y diga a sus colegas que no insistan.» Pero, como confiaba en ella, y en nombre del interés superior de la Corona, el virrey decidió enviarla a Basora, donde haría de enlace entre El Cairo y Delhi y podría facilitar la comunicación entre los dos centros rivales con un poco de tacto. Le pidió también que reuniera información precisa sobre las tribus de Mesopotamia. Pero no le otorgó ni títulos ni cargos oficiales. Su misión en Basora era oficiosa.

Por eso los militares y los oficiales políticos no se fiaban de ella. En un momento en el que el desastre de Kut era cada vez más evidente y habría que sancionar a los responsables, ¿era la espía del virrey? ¿O venía de la Oficina Árabe de El Cairo a sembrar cizaña entre ellos?

La presencia de miss Bell tampoco le hace ninguna gracia a sir Percy Cox esa húmeda tarde de marzo. Con gusto se desharía de ella, bastantes problemas tiene ya. Pero al menos podrá hacerle compañía a su esposa, que se aburre en Basora. Y el virrey le ha escrito diciéndole que se la tome muy en serio: «Es una mujer muy inteligente, tiene cerebro de hombre».